

tividad al voto de castidad, y el alma de la obediencia que da la fuerza y la esperanza feliz para cumplir juntos la voluntad del Padre. Estamos ante un escrito lleno de gozo y esperanza que une el conocimiento muy experto de la vida religiosa con un gran entusiasmo creyente por la misma. – D. NATAL.

BURKHART, Ernst - Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría*. Estudio de Teología espiritual, vol. 2º, Rialp, Madrid 2011, 24 x 16, 527 pp.

El libro que ahora presentamos es el volumen IIº de un conjunto de tres que constituyen el primer intento de exponer teológicamente de modo sistemático el mensaje de san Josemaría acerca de la santidad de la vida cotidiana y la santificación del trabajo. En otro número de nuestra revista, *Estudio Agustiniano* 46 (2011) 187-188, ya presentamos el vol. Iº que trataba de la Vocación universal a la santidad que quiere dar gloria Dios Padre, en medio del mundo, extender el Reino de Cristo a todos los hombres y cooperar con el Espíritu en la construcción de la Iglesia. Este IIº volumen se dedica al sujeto de la vida cristiana. Así, se describe al cristiano como “otro Cristo” o “el mismo Cristo” y presenta las virtudes cristianas fundamentales como son la libertad de los hijos de Dios, la caridad y el amor cristianos, la humildad y los dones y frutos del Espíritu santo como autor principal de la santidad. Llama mucho la atención el sentido de la filiación divina en san Josemaría. Ha sido una gran aportación a la espiritualidad contemporánea pues por el miedo al dichoso panteísmo, que en Europa ha sido como una peste y en España incluso un problema político, con la Institución Libre de Enseñanza, el cristiano comenzaba siendo hijo de Dios, luego era hijo adoptivo y al final terminaba casi en hospiciano. San Josemaría recobró para la espiritualidad actual la experiencia capital cristiana de que nos llamamos hijos de Dios “y lo somos”. En ese sentido, la idea de los Padres de la Iglesia que el cristiano es “otro Cristo” o “Cristo mismo” la recupera, plenamente, para los laicos, san Josemaría, dado que primero el sacerdote y luego el religioso se la apropiaron casi en exclusiva, pues, como se suele decir, “el sacerdote es otro Cristo”. Es una gran experiencia cristiana que nunca se ha perdido. Juan Pablo IIº la aplica a los religiosos, sacerdotes o laicos, en *Vita Consecrata* 109, cuando los exhorta a que: “¡No os olvidéis de que vosotros, de manera muy particular, podéis y debéis decir no sólo que sois de Cristo, sino que habéis llegado a ser Cristo mismo!” (S. Agustín, *in Jn evang.* 21,8). Nuestro santo, recupera esta experiencia para todos los cristianos tal como era en los Padres de la Iglesia y también en s. Agustín. Destaca en segundo lugar la pasión por la libertad, de san Josemaría, como consecuencia de la filiación divina que nos invita a vivir “con la libertad de los hijos de Dios”. La verdad es que su exposición de la filiación divina, “hilo de todas las virtudes”, y de la libertad cristiana es tan apasionada que llamaba mucho la atención. A los que vivimos aquellos tiempos, sus ideas, comparadas con las del *Ejercicio de perfección* del P. Rodríguez, nos parecían que eran algo así como lo que transmitía R. Guardini y lo que ya prometían los teólogos del Vaticano IIº. Por otra parte, el tema de la caridad y el amor cristiano refleja muy bien la esencia del cristianismo, pero su fe y su esperanza dan un aire de nuevo impulso a lo que siempre hemos oído. También sus ideas sobre la humildad y las otras virtudes humanas y cristianas como la obediencia, la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza así como el heroísmo de las “cosas pequeñas” dan un gran sentido humano a toda su espiritualidad. En este aspecto, *El valor divino de lo humano* de Jesús Arteaga (p.416) era un libro emocionante que condensaba muy bien la vida de Cristo “*perfectus Deus, perfectus homo*”, tan bien reflejada en la espiritualidad de san Josemaría. Los autores de esta exposición terminan su tarea recordando que el santo invita siempre a “frecuentar el Espíritu Santo”, que es el alma de todo apostolado, de la vida de oración y de la Iglesia. El escrito fi-

naliza con un *excursus* sobre porqué el santo insiste tanto en la filiación divina y reserva la espiritualidad esponsal para el sacerdote, como expone, *Pastores dabo Vobis* 22, y el religioso, sin olvidar que por el Bautismo todo cristiano recibe una Alianza con Dios. Por lo demás, los autores no dejan de recordar, frente a algunos tópicos bastante difundidos, que el santo llama a la “humildad colectiva” por la que “se rechaza la idea de que lo nuestro es bueno, por ser nuestro; y lo de los demás, mediocre o malo” (p.402). También asegura el santo que “abominamos del secreto” (p.403). O, que los santos raros no son santos y no es verdad que siendo infantes se preocupasen “de Cuaresmas y de Témperas” (p.468). Y, que la beatería piadosa sin coherencia de vida es abominable (p.479) como lo es “la mística de ojalata” que es la del que siempre está con el ¡ojalá!, en la boca, y como queriendo vivir en un mundo que nunca existe. Estamos ante una obra muy completa que conoce muy bien al santo y su espiritualidad y las grandes fuentes de la espiritualidad cristiana y su gran tradición como s. Agustín, muy citado, y st. Tomás el más citado de todos. – D. NATAL.

GRIFONE, Joseph, *De los evangelios a Jesucristo*. Los caminos de la razón y del corazón, trad. M. Villar, Ediciones Rialp, S.A., Madrid 2011, 25 x 17, 277 pp.

Es un libro de espiritualidad pero no ingenua sino fundamentada. Se trata, según nos dice el autor, de unas reflexiones orientadas para lograr un encuentro personal con Cristo, un descubrimiento de su misterio y de su mensaje, y ver, después, cómo afecta a la vida personal del creyente. Intenta lograr la vida de Cristo habitando en el alma del cristiano mediante la acción del Espíritu Santo. Tiene una primera parte sobre el estudio histórico de Jesús, una segunda en la que desarrolla puntos fundamentales sobre la fe en Cristo como el misterio de la Encarnación, el pecado y la salvación en Cristo, el sentido de la pasión, muerte y resurrección de Jesús, la Ascensión, la venida del Espíritu Santo, la presencia de Cristo en la historia a través de la Iglesia. En la tercera parte trata de las repercusiones de la creencia en Jesucristo en la práctica sobre la vida del cristiano.

Lo que le importa al autor es el encuentro y la unión con Cristo. Acude, como lema orientador de su trabajo, a las palabras de san Josemaría Escrivá: “Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo”.

En la primera parte, considera que para descubrir a Cristo y comprometerse con él hay que conocerle y hay que saber qué se dice en los documentos y qué se ha dicho sobre las fuentes que tenemos de él, especialmente, sobre los evangelios. ¿qué crédito podemos darles?; ¿realmente existió Jesús? Acaba concluyendo con que la mayoría de los especialistas de hoy consideran el valor histórico en sus grandes líneas. El estudio de la historicidad de los Evangelios plantea numerosos problemas que se podrían reducir a dos. Los Evangelios que recogen la primera tradición sobre Jesús, ¿nos ponen en contacto con Jesús o con una imagen idealizada por la fe de la primera comunidad cristiana? Además, los mismos evangelistas, con su intención catequética y su estilo personal ¿no habrán añadido más distancia del Jesús histórico? Teniendo en cuenta todas las dificultades, parece que la investigación de hoy se inclina “hacia el reconocimiento de la fidelidad en la transmisión de la más primitiva tradición sobre Jesús” (p.30) y que Jesús realmente existió y que sus hechos y palabras pueden ser conocidos con suficiente certeza racional. Da noticia brevemente de la historia de la crítica. *La escuela liberal* pensaba que se podía reconstruir la figura de Jesús liberándola de la elaboración teológica y de los dogmas cristológicos introducidos por la primera comunidad cristiana. Han obtenido resultados interesantes en cuanto a la datación de los escritos del Nuevo Testamento, sin embargo, con relación a la figura de Jesús, fue un fracaso; rechazaba las interpretaciones teológicas y ponía presupuestos filosóficos y sociológicos. “Tan pronto